

versaciones que tenía con las hijas de San Vicente, en las frecuentes visitas á sus casas de caridad, ¡qué abundante materia no tendríamos ahora para pregonar los milagros de su beneficencia! Escuchad lo que para ejemplo nuestro quiso el Señor que traspasara el velo del secreto; escuchad y aprended.

Gran cosa es, en verdad, el dar asilo al pobre vergonzante que, ni se atreve á mendigar el pan de puerta en puerta, ni tiene los medios de procurar la subsistencia de una familia numerosa cuanto desgraciada; muy meritorio es tender una mano bienhechora á la desvalida huérfana próxima á caer en el abismo sin fondo á que á veces conduce la miseria; es laudable en extremo servir de madre al expósito, de sostén al anciano, de salvador al enfermo, contribuyendo con gruesas sumas, ya á la fundación de nuevos hospitales y asilos, ya á la conservación ó mejoras de los orfanatorios y hospicios existentes; es altamente meritorio, ¿quién lo negará? Sin embargo, la caridad ejercida de este modo era de tal manera un hábito en la Sra. Pérez Gálvez, que tenemos que buscar otros rasgos más brillantes para presentar en todo su esplendor esa alma generosa.

¿Adónde no se introduce el demonio de la discordia, de las desavenencias, de la enemis-

(1) Math., vi.

tad? ¡Gloriosos apóstoles! No perdonó ni aun vuestro santísimo senado. ¡Viudas venerandas de la primitiva Iglesia! También á vosotras os dividieron los celos (1), y por disposición maravillosa de la Providencia, á vuestra división se debió la ordenación de esos siete primeros diáconos que tanto adornaron la corona de la Esposa del Cordero. También penetró hasta el recinto de tu vidual habitación ¡oh ilustre matrona! y te amargó muchos años de tu existencia. Pero el Señor lo permitió para darte ocasión de ejercer la caridad en colosales proporciones y de mostrar toda la bondad de tu corazón. No necesito recordarlo, señores; están frescos en vuestra memoria los luctuosos acontecimientos que hundieron en la más espantosa miseria á una familia acostumbrada desde la cuna al fasto y la opulencia, y cuyas riquezas parecerían fabulosas si no las hubieran visto nuestros ojos. Entonces D.^a Francisca Pérez Gálvez no escuchó sino la voz de la caridad y de la sangre; entonces dió pruebas maravillosas de su exquisita prudencia socorriendo á sus cercanos parientes sin herir susceptibilidades; entonces demostró con los hechos lo que sus labios habían repetido mil veces: que jamás había abrigado su pecho el más leve resentimiento.

(1) Act., vi.

Es antigua la guerra á muerte que ha hecho siempre el infierno á los sacerdotes del Altísimo. Sin embargo, el clero no puede menos que ganar, bajo el punto de vista espiritual, de esa persecución abierta y cruel que sólo sirve de acrisolar más y más su piedad y virtudes apostólicas. Pero hay otra guerra verdaderamente satánica, que se dirige á matar el alma en vez del cuerpo, á introducir el vicio entre los escogidos del Señor, y á impedir el que la virtud, y la ciencia, y el espíritu evangélico echen raíces entre el sacerdocio católico. Es harto conocida esta táctica de la impiedad, pero no por eso es menos temible ni ha menester de menores esfuerzos para contrarrestarla. San Vicente de Paúl y el venerable fundador de la Congregación de San Sulpicio, ¡cuánto no hicieron para conseguir este noble objeto en su patria, y cuán feliz no fué el éxito de su sagrada empresa! Los hijos del primero vinieron á nuestra Méjico á llevar á cabo el fin santísimo de su instituto, y para nadie es un misterio la parte principal que tomó en su establecimiento la Sra. Pérez Gálvez, y la decidida protección que les concedió hasta su muerte.

Este es, empero, el menor beneficio de que le es deudor el sacerdocio católico. El santo Pontífice que hoy ocupa el trono de San Pedro, visitó, como sabéis, en su juventud, varias repúblicas de nuestra América española, y ha

tomado siempre el mayor interés en nuestros destinos, siendo su constante deseo el que nuestro clero se mantenga á la altura que corresponde á los ministros de Jesucristo. Nadie mejor que Pío IX conoce los males que nos aquejan, y la imposibilidad de que se conserven en países tan agitados por las discordias civiles, establecimientos eclesiásticos en que florezcan á la vez la ciencia y la virtud, la piedad y las letras. Por eso concibió su grande alma el proyecto de llamar á su lado una selecta falange de jóvenes latino-americanos, que á la sombra del Vaticano bebiesen en sus fuentes las ciencias sagradas, y tornasen á esparcir en sus respectivas patrias el suave olor de las virtudes evangélicas. Se echaron sin tardanza los cimientos del grandioso proyecto; acudieron presurosos los hijos del Perú y de Colombia, de las márgenes del Plata y de las orillas del Marañón, ni faltó tampoco quien se les reuniese de nuestra patria. Ópimos fueron los frutos del tierno pero bien augurado plantel; ya se gozaba al verlo tan floreciente y lozano el Supremo Pastor á quien debía su existencia, cuando ¡ay! un inesperado huracán doblegó hasta el suelo sus delgadas ramas, y amenazaba arrancar de cuajo el indefenso arbolillo.

La pobreza, señores, la carencia absoluta de los más indispensables recursos estuvo á punto de destruir en su infancia un colegio que pro-

metía tantos bienes á este continente. En vano se esperaban con ansia las naves de la América del Sur con los subsidios tiempo había prometidos. En vano Pío IX quiso hacer un esfuerzo supremo abriendo sus arcas á sus queridos hijos del Nuevo Mundo. ¡Estaba exhausto su tesoro; la sacrílega invasión de sus Estados le había arrebatado sus rentas; Pío IX era pobre, Pío IX era mendigo!

En tan grave conflicto, cae inesperadamente, cual súbita lluvia, una gruesa suma de plata mejicana, que hace reflorar el campo agostado y renueva las esperanzas de una rica cosecha. La enviaba la nación más afligida entre las jóvenes Repúblicas de América; la enviaba nuestra Méjico, en la época en que los bienes de la Iglesia habían perecido y las fortunas particulares estaban al borde del precipicio; la enviaba una mujer, una viuda, una hija de nuestra Guanajuato; la enviaba D.^a Francisca de Paula Pérez Gálvez.

Sin duda que la Providencia pudo haber hecho subsistir, aun sin ella, un establecimiento en que la gloria de Dios y el bien de los católicos americanos están altamente interesados; pero no es menos cierto que de ella quiso servirse el Señor para hacer tan señalado beneficio al clero de toda la América española. ¡Oh! Bien podemos, sin temor de profanar las sentencias del Espíritu Santo, bien podemos salu-

darla desde esta cátedra de la verdad con las palabras que el Sumo Sacerdote dirigió á la salvadora de Betulia; bien podemos decirle sin vacilar: tú eres la gloria de la Jerusalén cristiana; tú eres la alegría del Israel del Nuevo Testamento; tú eres el honor de este nuestro pueblo en que viste la luz primera y á quien has servido de madre. Cuando en el trascurso de algunos años, los retoños de ese árbol que su generosidad salvó de inminente ruina hayan á su vez producido otras plantas y multiplicádose en el fértil terreno del Nuevo Mundo; cuando los jóvenes que merced á ella pudieron beber hasta saciarse el agua purísima de la ciencia y de la virtud, comuniquen á su vez á sus compatriotas lo que ellos gratuitamente recibieron, ¡qué coro de levitas, y sacerdotes, y pontífices podrá unirse á nuestra débil voz, y exclamar con nosotros al recordar sus beneficios: *tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri* (1).

Ya desde ahora resuenan en su alabanza, aunque entrecortados por profundos sollozos, los cánticos de gracias de las vírgenes del Señor. ¿Sabéis, cristianos, lo que es una virgen consagrada á Dios desde sus tiernos años, mirada con los ojos de la fe, de la religión, de la naturaleza? El corazón os lo dice, el corazón os lo dice, y no

(1) Judit, xv.

haré más que apelar á vuestros sentimientos. ¿No recuerdas, ¡oh madre de familia!, cuando tu hijo se hallaba separado de ti por inmensa distancia, expuesto á los peligros de la guerra, del hambre, de la seducción; no recuerdas el consuelo que entonces inundaba tu alma al escuchar á media noche la esquila del vecino monasterio, que te decía con voz melodiosa: «no temas, ¡oh madre!, si otras velan y lo buscan para su ruina, nosotras velamos para su salvación y rogamos por él?» ¿No recuerdas, ¡oh joven!, cuando postrado sobre el lecho del dolor, ó cuando luchando cuerpo á cuerpo con las encrespadas olas del mar tempestuoso, tras larga noche de angustia veías despuntar los primeros rayos de la suspirada aurora, no recuerdas cuál se calmaban tus penas al retratarse en tu memoria las murallas del convento contiguo á la casa de tus padres, y exclamabas suspirando: «ya están las castas vírgenes al pie del altar: ¡oh! no hay que temer; ellas ruegan por mí?»

Cuántas veces, al recorrer las crestas de las montañas que coronan nuestra ciudad, ha podido exclamar el cristiano observador mirando nuestros suntuosos edificios: ¿Por qué entre tantos templos y palacios fabricados á gran costo y con incalculable trabajo sobre la viva peña, no se divisan los muros de algún monasterio de religiosas? ¿Por qué esta ciudad tan piadosa no ha construído un asilo para

sus vírgenes, un lugar de retiro para sus viudas.... ¡Señores! Ha llegado el tiempo en que hemos podido repetir, aunque en diverso sentido, las palabras de Isaías (1): *Lauda, sterilis quae non paris*. Regocíjate, ¡oh ciudad de nuestro nacimiento!, regocíjate en tu esterilidad; da gracias al cielo porque no ha permitido que abrigues en tu seno á las castas esposas del Cordero sin mancha, y así te ha ahorrado el dolor de verlas arrancadas á viva fuerza de la sagrada mansión que debía ser el lugar de su descanso sobre la tierra. Quien no lo ha presenciado no puede imaginarse esa escena terrible de llanto, de duelo, de profunda desolación. ¡Vírgenes del Señor! Dos veces os han visto ya las ciudades de mi patria abandonar llorosas vuestro nido sagrado, cual palomas perseguidas por implacable halcón; ni el dolor de la viuda que acaba de ver á su esposo traspasado por puñales asesinos, ni la pena de la madre á quien arrebatan sus hijos, pudo igualar la que desgarró vuestro corazón en tan aciagos momentos. Vosotras perdíais á la vez á vuestro Esposo, á vuestras hermanas, vuestro asilo, vuestras esperanzas, vuestro reposo; muchas ¡ay! aun el pan cotidiano, y os veíais lanzadas en el mar desconocido del mundo á la merced del que os quisiera tender la mano

(1) Isai., LIV.

en medio de las olas que os cercaban. ¡Virgenes del Señor, decidlo vosotras! ¿Llamasteis alguna vez en balde á la puerta de la matrona cuya muerte lloramos? ¿Clamasteis alguna vez cerca de ella sin ser socorridas? ¿No previno vuestras necesidades? ¿No os brindó con asilo seguro? ¿No lloró con vosotras y os consoló cual tierna madre por vuestras irreparables pérdidas?

¡Ah, señores! La Providencia sin duda reservó á la Sra. Pérez Gálvez hasta esos días amargos para ser uno de sus más benéficos instrumentos. Ella los presintió, ella los vió venir, ella pudo haberlos evitado con oportuna fuga; pero, aunque rogada mil y mil veces, rehusó constantemente abandonarnos en la hora de la tempestad. Nada valían para ella las riquezas que la rodeaban: su sencillo traje y modestos atavíos nos recordaban los de Paula y Marcela, que nos describe San Jerónimo, y no había á su lado otras señales de su grandeza sino las numerosas huérfanas que la acompañaban á su frugal mesa, y que eran tratadas como hijas. Manos inicuas desmembraron de sus tierras vastos y fértiles campos, suficientes por sí solos á constituir una rica herencia. Con la mayor sangre fría presenció esta segregación, exclamando resignada, cual Job (1): «El

(1) Job, I.

Señor me lo dió; el Señor me lo quitó: sea siempre bendito su santo nombre; no por eso arderán menos antorchas en sus altares, ni resonarán menos himnos bajo las bóvedas de sus templos.»

Y lo cumplió, señores; este santuario puede dar testimonio de su largueza, y testigos de su infatigable celo y nunca desmentida piedad son en la capital de la República las iglesias de Santa Clara y de los Angeles, la basílica de Guadalupe, el oratorio de las Hijas de la Caridad, y esa hermosa capilla de que hoy no quedan ni rastros, y que, consagrada en un tiempo al Espíritu Santo, experimentó, quizá cual ninguna, su piadosa munificencia.

Ya no me preguntéis, señores, cuáles fueron sus buenas obras: interrogadme más bien adónde no alcanzaron sus limosnas, adónde no llegaron sus generosas dádivas. Bien pudo decir, como Job (1), sin temor de que una sola voz osara desmentirla: «La compasión ha crecido conmigo desde mi infancia, y salió conmigo del seno de mi madre. Si he comido sola mi pan y el huérfano no lo partió conmigo; si he negado á los pobres lo que querían, y si he hecho esperar en balde á la viuda; si me he descuidado de socorrer al desnudo y no lo he calentado con los vellones de mis ovejas, sé-

(1) Job, XXXI.

quese mi inútil mano y pierda el movimiento mi brazo. Si he creído que en el oro consistía mi poder y he puesto mi alegría en mis riquezas; si me he complacido en la ruina del que me aborrecía ó me ha intimidado la gran multitud de los malvados, estorbándome de obrar bien y hacer justicia; si mi tierra clama contra mí y sus surcos se lamentan con ella, názcanme abrojos en vez de trigo y espinas en lugar de cebada.»

No es dado al hombre penetrar en el santuario de la conciencia, ni investigar los arcanos decretos del Dios de justicia. Pero si recordamos que la ilustre difunta, particularmente en sus últimos años, no pensaba más que en la muerte, y recordaba á cuantos la veían que el sepulcro era ya su único porvenir; si abrimos en seguida las sagradas páginas y leemos que el pensamiento constante de la muerte es la garantía más segura contra el pecado (1); si repasamos las palabras de Daniel con que, en nombre del cielo, exhorta á Nabucodonosor á redimir con limosnas sus enormes pecados (2), y escuchamos á Tobías declararnos que la caridad liberta de toda culpa (3), no podremos menos que exclamar, cual San Jerónimo escri-

(1) Eccli., VII.

(2) Dan., IV.

(3) Tob., IV.

bía de Paula y de Pamaquio (1): «El camello ha pasado por el ojo de la aguja; la rica señora que acaba de terminar su viaje terreno, ha pasado por el camino estrecho que conduce á la vida: ha rescatado su alma con sus propias riquezas (2).»

Ya voló al cielo esa alma bendita; ya voló á recibir el premio de sus virtudes después de setenta y cinco años de prueba. Pero ¿no habrá sido detenida en su ardua carrera? Al mirarse en el límpido espejo de la eterna justicia ¿no habrá descubierto alguna mancha, siquier ligera, en su vestido nupcial, que la haya hecho avergonzarse de entrar sin lavarla en las bodas del Cordero inmaculado? ¡Ah, cristianos! Ni la luna, ni las estrellas, ni aun los cielos mismos están limpios en la presencia de Dios (3), y hay justos que para ser salvos tienen que pasar por el fuego purificador (4). Oremos, oremos por ella; grande es la deuda que tenemos que pagar. Mientras ella vivió, no hubo quien turbara á Israel; justo es que después de su muerte la muchedumbre del pueblo por ella protegido acuda en tropel á los templos del Dios vivo á limar con oraciones y lágrimas y

(1) In Isaiam Proph., l. XVII, c. 60.

(2) Prov., XIII.

(3) Job., xv y xxv.

(4) I Cor., III.

ругos las cadenas que quizás le impiden todavía entrar á la plena posesión de su Creador. Depongamos sobre su tumba, os diré con San Efrén, no coronas de siemprevivas ni guirnaldas de ciprés; no adelfas ni deshojadas flores; ofrezcámosle, sí, las violetas de nuestras plegarias, las rosas del incruento sacrificio, las amapolas de nuestro fúnebre llanto.

¿Y no tendrá consuelo nuestra amargura? ¿Pecieron, ¡oh pobres de Cristo!, pecieron vuestras esperanzas al emigrar de este mundo vuestra generosa bienhechora? ¿No tendréis ya quien acometa empresas arriesgadas sólo por suministraros pan y trabajo? ¿No hallarán ya abierta la vejez, la orfandad, la miseria, esa puerta que jamás se cerró para ellos durante su vida?

¡Oh, no lo temáis! *Charitas nunquam excidit* (1): la caridad cristiana no es como esas naves que surcan los mares sin dejar en pos de sí la menor huella. La vida del justo, es cierto, semeja á la flor del campo (2), que se abre al despuntar la aurora y se marchita antes que el sol haya declinado; pero el suave olor que ha esparcido persevera aún después de caídas sus hojas, y su preciosa semilla produce otras flores, que vienen á sucederla. Las hazañas de

(1) I Cor., XIII.

(2) Ps. CII.

Judit hicieron que, no sólo durante su vida, sino aun muchos años después (1), no hubiera quien turbara á Israel; otro tanto harán en el Israel de la Ley de Gracia las virtudes de nuestra ilustre conciudadana.

No creáis que la sorprendiera la muerte, cuando hacía tiempo que la veía venir sin espanto desde la atalaya de la vigilancia cristiana. Rápida fué la dolencia que cortó el hilo de sus días: caer postrada en el lecho del dolor; purificar su alma y alimentarla con el Pan de los fuertes; recibir la unción sagrada y las postreras bendiciones de la Iglesia, y volar al seno del Creador, todo fué un acto no interrumpido. A quien está preparado para el tremendo trance; á quien aguarda el Esposo con la lámpara siempre encendida, se complace el Dios de las bondades en ahorrar las angustias de una larga agonía. Así acaeció con la señora Pérez Gálvez; todo lo tenía dispuesto para su final partida, y tiempo había que se hallaba escrita con caracteres indelebles su última voluntad; monumento en verdad más duradero que el bronce, que sobrevivirá á la ruina del mundo y brillará por toda la eternidad. En virtud de ella presto veréis coronar la cima de nuestros argentíferos montes dos nuevos edificios, construídos con la plata que de ellos ex-

(1) Judit, XVI, 50.

trae la infatigable constancia del minero: en el uno irán á recobrar la salud los operarios enfermos; en el otro hallarán un asilo seguro los ancianos desvalidos y los huérfanos menesterosos. Los que se sentaban á su mesa y se albergaban bajo su techo llorarán, sí, la falta irreparable de la que era para ellos su bienhechora, su madre, su todo; pero el espectro descarnado de la miseria no pasará el umbral de su morada: gran parte de las riquezas de la generosa difunta está consagrada á asegurarles á todos rentas vitalicias. En fin, señores, no crece el árbol en un día, ni se produce la espiga sin que el grano de trigo haya sido sepultado (1) en la tierra; ya veréis, si el Señor os prolonga la vida, el árbol frondoso de cristiana beneficencia que hará sombra al nuevo sepulcro.

¡Ricos de la tierra! Aprended de la señora D.^a Francisca de Paula Pérez Gálvez á hacer de vuestros tesoros el uso para que el Señor se ha dignado prestároslos. Aprended á colocarlos con tiempo en ese lugar seguro adonde el ladrón no puede acercarse, ni se ceba la oruga destructora (2). Recordad que el Señor es el padre de los huérfanos y el protector de las viudas (3), y que si os servís de las riquezas

(1) Joan., XII.

(2) Luc., XII.

(3) Ps. LXVII.

para oprimir al desvalido y fomentar el vicio, Él os las arrebatará de las manos y las restituirá á los pobres, á quienes pertenecen. ¡Pobres de Cristo! Ante esa tumba yace despedazada la irrisoria estatua de esa mentida igualdad que os predicán envidiosos impostores. ¿Qué sería de vosotros, plantas tiernecillas, qué sería de vosotros si no tuviéseis la fuerte muralla del poderoso que os abrigue del vendaval? No miréis de reojo al que posee más que vosotros; antes bien recordad que el rico y el pobre se encontrarán y se necesitarán mutuamente, porque á entrambos los ha creado el Señor (1). ¡Tiernas doncellas que suspiráis por brillar en la sociedad y os regocijáis en vuestras prendas! ¡Ah! No olvidéis que es falaz vuestra gracia, y que la hermosura terrenal es vana y pasajera; si queréis ser alabadas y bendecidas, sed piadosas y timoratas, como lo fué nuestra conciudadana, y haréis resonar el mundo con vuestros loores, porque la mujer que teme al Señor es quien será alabada (2). ¡Herederos de la influencia y riquezas de la opulenta casa de Pérez Gálvez! Recordad las tremendas obligaciones que os impone vuestra nueva grandeza; respetad los últimos deseos de la que al legaros sus bienes ha querido

(1) Prov., XXII.

(2) Ibid., XXXI.

también legaros sus virtudes; interpretad con fidelidad sus generosas intenciones; haced que en verdad pueda decirse de la ilustre matrona á quien tanto debemos todos, y en especial vosotros: mientras ella vivió y muchos años después de su muerte, no hubo quien turbara á Israel.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PREFACIO.....	7
Elogio fúnebre de Su Santidad el Papa Pío IX, pronunciado en Tampico el 8 de Marzo de 1878.....	9
Laudatio funebris episcoporum Americae latinae hucusque vita functorum coram patribus Concilii plenarii latino-americi Romae in aula conciliari, IV nonas iulias A. D. MDCCLX ab Ignatio Montes de Oca et Obregon episcopo potosiensi et concilii secretario habita.....	64
Elogio fúnebre de los obispos de la América latina que hasta hoy han fallecido, pronunciado ante los Padres del Concilio plenario latino-americano, en Roma, en el aula conciliar el 4 de Julio de 1899, por Ignacio Montes de Oca y Obregón, obispo de San Luis de Potosí y secretario del Concilio.— (Traducción castellana.).....	65
Elogio fúnebre de los obispos de la provincia mejicana que han fallecido después del cuarto Concilio de la misma, pronunciado en la catedral de Méjico el 30 de Octubre	